



El sexagésimo aniversario del S C M

El marco de las celebraciones del Seminario de Cultura Mexicana ha estado dado por los libros. Iniciamos nuestros festejos públicos en la vigesimotercera Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, en la Ciudad de México, y estamos cerrando la fiesta en esta magnificente Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Quiero empezar mi intervención agradeciendo a los organizadores de esta Feria, a las autoridades locales y a los miembros de nuestra Corresponsalía en esta ciudad la generosidad y diligencia que hicieron posible estar en este apropiado marco.

Me parece que es evidente para todos el significado de cerrar este sexagésimo aniversario en esta querida ciudad por lo que no añadiré más a lo dicho por los que me antecedieron en el uso de la palabra.

Repito, y no dejaré de hacerlo, que el Seminario de Cultura Mexicana fue fundado para colaborar en la importantísima tarea de proporcionar educación a todos los habitantes del país y confieso, con orgullo, que los seminaristas han cumplido ese compromiso en todo momento, superando escaseces, mezquindades, indiferencias y otras adversidades. Es justo subrayar que entre esos entusiastas seminaristas tienen lugar especial muchos miembros correspondientes ya que para ellos las adversidades han sido, en general, más difíciles de superar.

Creo conveniente aprovechar este fin de fiesta para repasar, aunque sea en forma somera y sin ánimo de hacerlo de manera completa, las características de la labor de los seminaristas en las todavía llamadas misiones. La primera es que van a donde los llaman. El Seminario de Cultura Mexicana no pretende imponer ideas, modas, tendencias u otras formas culturales. Su costumbre es ofrecer temas, obras y otras actividades que sus miembros pueden realizar, para después responder de la mejor manera a los intereses y necesidades de un público solicitador.

La segunda característica que quiero mencionar es que los seminaristas no exigen comodidades para la realización de sus misiones. Actúan en lugares de difícil acceso y, en general, sólo toman el tiempo necesario para el buen cumplimiento de su misión, pues a menudo viajan muchos kilómetros para estar frente al público en una noche y regresar al día siguiente. Relacionada con esta característica está la gratuidad de su labor: las misiones no son pagadas y al público asistente no se le cobra. Puede decirse que los seminaristas no sólo no cobran por su labor sino que muchas veces pagan por trabajar.

Un rasgo característico de la labor de los seminaristas es el contacto personal. Los seminaristas son recibidos en las corresponsalías en la forma más auténtica y cabal de la celebrada hospitalidad mexicana y la relación de ellos con los corresponsales es la de la buena amistad. La plática en las cenas frecuentemente ofrecidas después de las actividades programadas es una tradición inquebrantable. Cabe aquí recordar que el ejemplo tiene gran fuerza educativa y que la convivencia propicia el buen aprendizaje, actos que nunca faltan en las misiones.

El Consejo del Seminario de Cultura Mexicana ha aprovechado la relación que establece con sus miembros correspondientes para apoyar y fomentar las actividades culturales locales en diversos lugares del país. Por ello, aparte de realizar labores con elementos propios, muchas corresponsalías trabajan en colaboración con las Casas de la Cultura del lugar, con sus municipios y con instituciones de educación superior, aumentando y reforzando la vida cultural del lugar.

Es importante recordar aquí que el Seminario de Cultura Mexicana siempre ha dado a la actividad cultural su forma más abierta. Para esta institución la cultura humana es todo lo que configura la vida de un grupo de personas. Por lo tanto, si se quiere enfocar en algún aspecto del obrar humano, se acostumbra adjetivar y así referirse a la cultura artística, a la cultura científica, a la cultura popular, a la cultura indígena, como ejemplos. Siendo la educación el camino normal para conservar, distribuir, refinar y desarrollar la cultura, puede también subrayarse en ella algún aspecto de la actividad humana y entonces referirse a la educación artística o la científica, igualmente como ejemplo. El Seminario de Cultura Mexicana, repito, se ocupa de todos esos asuntos ya que, además de tomar el concepto de cultura en su más amplio sentido, no separa la acción educativa de la actividad cultural.

Nuestro país sigue teniendo como su mayor problema a la educación. Aunque mucho se ha logrado en cuanto a la disminución del analfabetismo y al número de niños que no tienen escuela, el nivel educativo de nuestra gente todavía deja mucho que desear. Se están aplicando criterios como la estandarización de los conocimientos para fines de evaluación, el favorecer la optimización del costo-beneficio de la educación, la búsqueda de la excelencia académica y otras recetas y no parece haber una mejoraría significativa en la educación de nuestro pueblo.

En la solución de grandes problemas, como es el educativo, es valioso ensayar nuevos y variados caminos, aunque también lo es revisar y actualizar los tradicionales, buscando aprovechar las experiencias y éxitos que se han logrado. Es claro que habrá que buscar que lo novedoso y lo antiguo se articule y se complemente. Aunque la moderna tecnología educativa, especialmente la erigida sobre la computación, nos ofrece transitar por el camino real, no conviene olvidar las sendas tradicionales, ya que éstas tienen, al menos, la ventaja de ser conocidas, tanto en sus logros cuanto en sus fallas. Así debemos atacar al problema educativo por varios flancos pues no hay que olvidar que la debilidad educativa de un país empobrece su cultura.

Sin dejar de reconocer que ahora hay otras instituciones que desarrollan actividades culturales con cualidades semejantes a las que nuestro Seminario ha realizado durante sus sesenta años de vida, he repasado las características de su labor para exhibir de manera llamativa que esta institución sigue siendo esencial para el desarrollo de nuestro país. Las características de su labor son únicas y pueden integrarse con toda facilidad, y complementar, a cualquier intento de modernidad. Por otra parte, que el Seminario de Cultura Mexicana sea poco conocido en algunos lugares, o para algunas personas, es un defecto que debemos corregir.

Es claro que la labor del Seminario podría aumentar y mejorarse y eso es lo que ha ocupado una gran parte de nuestros esfuerzos en tiempos recientes. Sin embargo no por ello olvidemos que lo primero que debemos seguir cuidando es la continuidad y permanencia de nuestra institución, con la plena conciencia de que esto depende esencialmente de nosotros mismos. Por lo tanto quiero concluir mi intervención exhortándolos a refrendar nuestra responsabilidad de atender bien la vida de nuestro Seminario. Hago esta exhortación no sólo como un llamado que considero necesario repetir con frecuencia, sino también para reanimar un motivo más de los que nos hacen sentirnos orgullosos de que nuestra institución ha cumplido satisfactoriamente su compromiso, con fidelidad y sin interrupciones, durante sesenta años. Con estos sentimientos disfrutemos ahora el gran final de nuestra celebración.